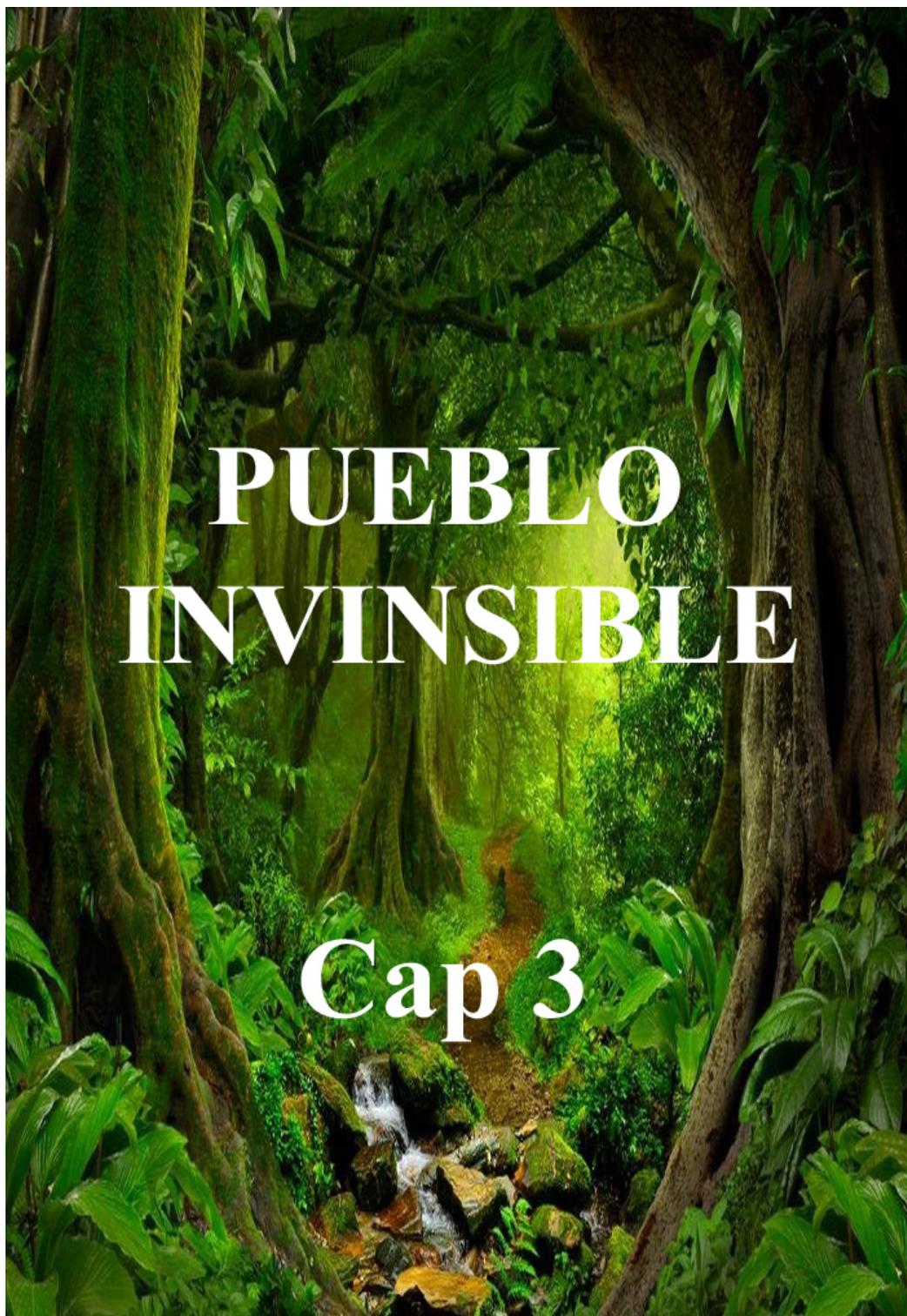


Pueblo invisible Cap 3

José Manuel Gasulla



PUEBLO INVINSIBLE

Cap 3

Capítulo 1

3 INVISIBLE

La figura se movía sigilosa y atenta. Iba completamente desnudo y su piel, pintada prácticamente en su totalidad, hacía muy difícil verle, pues se confundía con la espesa vegetación, entre jirones de niebla. Era pronto, muy pronto, apenas empezaba a amanecer y las brumas se movían perezosamente sin brisa alguna que las empujase.

Si soy invisible, soy invencible... - murmuraba, posiblemente para tranquilizarse. Era su primera misión y no temía por su vida. Solo temía fracasar.

Cautelosamente se movió por la imperceptible senda del pútrido pantano. Un paso en falso y todo acabaría para él. Nada vivo podía sobrevivir al negro y venenoso limo.

Llegado a un determinado punto, vio lo que había venido a buscar. Allí con sus capullos cerrados estaban las flores Datu Estrambonio. Las malévolas flores que despedían aquellos vapores letales, de purpúreo e intenso color. Se colocó unos tapones de cera en la nariz, asegurándose de que quedaban bien ajustados. De la bolsa que llevaba en bandolera extrajo unas largas pinzas de madera y unos frascos de cristal.

Procedió con extremo cuidado a tomar un capullo y depositarlo en el recipiente. Todo irá bien si soy cuidadoso se decía mentalmente. Las flores solo se abren de noche, no tienen por qué abrirse ahora. Con precaución, mucha precaución.

Notó que ya no podía contener la respiración por más tiempo. Muy despacio, retrocedió varios pasos, se quitó los tapones e hinchó sus pulmones con una gran bocanada de aire.

Repitió el procedimiento varias veces. Finalmente sonrió satisfecho, colocó su horrible carga en la bolsa de cuerdas trenzadas y emprendió el regreso.

Buen trabajo, Arth-kif - el anciano sonrió satisfecho - ven, acompáñame al laboratorio.

Empezaron a descender por una larga y estrecha escalera de caracol que se hundía profundamente entre las raíces del gigantesco árbol. Acababa en una recia puerta de madera a varios pies por debajo del nivel del suelo.

Abrió la puerta tocando ciertos resortes ocultos y penetraron en la estancia débilmente iluminada.

Debemos estar bien preparados. Ese estúpido rey no hace más que mandar expediciones...

¿Cuántos hombres tendrán que morir todavía? – interrogó el joven con cierto desasosiego.

No lo sé. Pero sean los que sean, no es nuestra culpa. Tengo el sagrado, y no siempre grato, deber de proteger nuestro pueblo. Si Ranavalon sospecha tan solo de nuestra existencia, seremos solo un recuerdo. Nuestros cadáveres abonarán la tierra antes de tiempo. Solo podemos sobrevivir siendo invisibles. Si somos invisibles, somos invencibles. Desde más generaciones de las que es posible recordar hemos vivido siendo sombras en el bosque, un jirón de niebla en la bruma. Nunca fuimos un pueblo guerrero ni fuerte. Nuestro poder es nuestra inteligencia, nuestro silencio y nuestra capacidad para movernos sin ser vistos, como un vapor etéreo. Somos el pueblo invisible y mientras así sea estaremos a salvo.

Nuestra ciudad es invisible porque está dentro de los árboles de más de cuatrocientos pies de alto. Son nuestra fortaleza.

Somos fuertes porque estamos inmersos en este enorme bosque. Nos da hogar, nos proporciona alimento, nos permite ocultarnos de nuestros enemigos. Protegemos la naturaleza y ella nos protege a nosotros. No tenemos edificios de piedra, no tenemos puentes, ni ningún tipo de construcción, ni fábricas. Por no tener, no hay en nuestro territorio caminos. Nos movemos por los árboles, sus ramas son nuestros puentes, y donde no hay sendas en el aire viajamos bajo tierra por nuestra extensa red de túneles.

Vivimos de los frutos de la tierra y amamos y respetamos la vida, la naturaleza. Nos fundimos con ella, no tenemos armaduras ni armas, ni siquiera necesitamos vestidos. No cazamos, no matamos salvo en propia defensa. Estos bosques son el legado de innumerables generaciones de nuestros ancestros. Ningún rey, por muy poderoso y loco que esté, tiene ningún derecho sobre ellas, ni sobre nosotros.

Y nuestro conocimiento de la madre tierra de la naturaleza es lo que nos hace fuertes. Las flores Datu que es traído suponen un veneno mortal para cualquier hombre o animal, unos segundos de exposición a sus vapores es una muerte segura. Mientras esos capullos permanezcan cerrados no son peligrosos, al menos no demasiado. Pero al anochecer se abren y esparcen muerte a su alrededor. Nosotros los depositamos en silencio, siendo invisibles. Usamos lianas para esa labor y nunca dejamos huellas. Porque cuando no podemos usar los árboles como camino, nos

arrastramos por nuestros ocultos y secretos túneles.

Nadie sabe que existimos y así debe seguir siendo...

¿Nadie? –interrogó Arth–kif.

Nadie que no deba saberlo. Solo dos personas. Y los gatos me dicen que se puede confiar en ellos plenamente. Es más, ellos difunden una creencia muy conveniente para nosotros... que esta tierra está poblada de espíritus, de fantasmas. Antiguos habitantes víctimas de una terrible maldición que les hace vagar por estos bosques eternamente protegiéndolos de los intrusos y matando a todos aquellos que se atrevan a profanarlos.

Lo cual resulta extremadamente conveniente para el pueblo invisible... - arguyó Arth–kif.

Así es, mi joven aprendiz. – sentenció el anciano.